

# Martí: legado y posteridad<sup>51</sup>

Jorge Mañach

La honra a que en estos momentos viene urgida la palabra, es la del día patrio, que hoy la nación conmemora con una suerte de nostalgia, y la de aquel gran espíritu, gran creador de historia, que hizo el 24 de Febrero posible y ahora recoge su primera cosecha madura de posteridad.

Mas yo no pudiera abordar esa tarea evocadora, a la cual tan bondadosamente me habéis invitado, sin antes ofrecer mis más cálidos saludos a esta Universidad y a todo el pueblo de Oriente, que en ella tiene hoy día su más alto blasón de cultura. Hacía ya mucho tiempo —perdonadme la referencia personal— que deseaba conocer de cerca esta institución y visitaros de nuevo, amigos orientales. No podré nunca olvidar el mandato público con que una buena parte de vuestro pueblo me honró en días que ya van siendo lejanos, ni las muestras constantes de estima y de hospitalidad generosa que a la sazón recibí. Hay recuerdos que calientan el corazón para toda la vida, y ese es uno de ellos. Me place ahora avivarlo en vuestro contacto, como quien, removiendo la ceniza somera de la distancia, atiza un rescaldo de hogar.

Y no deseaba menos, digo, visitar esta Universidad de Oriente, que es ya también hogar y fulgor. Quería venir a decirle mi admiración por lo que ya ella es y mi gran esperanza de cubano por lo que promete aun ser. Las sierras orientales, símbolos de vuestra cubana eminencia, del relieve que tenéis en nuestra

---

<sup>51</sup> Conferencia pronunciada el 24 de febrero de 1953.

historia, se tenían desde hace mucho tiempo harto ganado este vivero de luces. Por aquí había nacido la voluntad cubana de cultura; y algo más había nacido con ella: la voluntad criolla de libertad. Fue en estas tierras donde en 1532 se abrió la primera escuela y donde, no muchos años después, un canónigo mestizo de indio, Miguel de Velázquez, “mozo en edad, anciano en doctrina y ejemplo”, se adelantaba cuatro siglos al Grito del 95 exclamando: “¡Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío!”. Desde aquí invadieren el resto de la Isla, con Heredia y con Saco y con tantos más, las voces advertidoras de que ninguna fruición de cultura es cabal si no la acompaña la fruición de la dignidad humana y del social albedrío. La Habana le reconoció siempre a Oriente su ministerio heroico de libertades, pero tardó mucho en darle este escudo de almas que vuestra cultura pedía.

Ya lo tenéis. La Universidad de Oriente nació fiel, ejemplarmente fiel, a esa doble consigna de claridad y libertad. Todos hemos venido admirando el afán de sustancia, de rigor, de seriedad académica con que se ha iniciado vuestro empeño: eso es todo una promesa de fecundación para el espíritu cubano. Pero no hemos admirado menos la gallardía con que esta Universidad ha sabido hacer patente, en lo poco que lleva de vida, que no nació con alma burocrática, ni se siente uncida, por sus orígenes oficiosos, a ninguna reticencia servil. Estáis en vuestra ley de orientales.

Por eso me siento seguro de que puedo hoy venir a hablar aquí, como decía el gaucho del cantar, con toda la voz que tengo, aunque sea voz bien modesta. Eso es lo que imponen, además, las imágenes que esta fecha del 24 de Febrero suscita. Grito fue aquel, y grito es todavía lo que el corazón y la conciencia nos piden, aunque sea el grito sereno y meditado a que el sentido de responsabilidad y un ámbito como este obligan.

No necesitan los orientales que se les recuerde en detalle aquella gran jornada histórica. Se había cuajado en el espíritu cubano, después del Pacto del Zanjón, una fatiga de glorias y de esfuerzos frustrados, pero también una irrevocable confianza en el futuro. A los arrebatos de la década heroica, vinieron a sobreponerse los cálculos siempre diligentes para recortarles a los pueblos su vuelo histórico: los miramientos del orden a

todo trance y de aquel utilitarismo que Martí, hablando de ciertos mansos evolucionistas, llamaba “urbano y financiero modo de pensar”. Pero las brasas de Bayamo no se habían apagado del todo, ni el eco de Baraguá. Para lo mejor del espíritu cubano, para esa zona ancha y profunda de nuestra conciencia colectiva que nunca ha sabido acomodarse sino a lo mejor de lo posible, aquel lapso iniciado en el 78 fue una espera, no una abdicación...

Diecisiete años pasaron: el tiempo necesario para que creciesen pinos nuevos. Uno de ellos, el pino maestro, ese que siempre vemos erguirse más alto en la floresta, más recto y armonioso, fue el vigía de aquella espera. Él la graduó, como un reloj de sol, y marcó la nueva hora. Y el 24 de febrero de 1895, ahí en Baire, y en las lomas de Guantánamo, y en la llanada de Manzanillo, Oriente volvió a la conquista de la libertad.

Bajo la emoción, que antes llamé melancólica, de ese recuerdo, hoy nos reunimos. Y para honrar, en día que no pudiera ser más adecuado históricamente, aunque haya tanta tristeza en nuestro ánimo, al que con voces de luz desató de nuevo el brazo de los Maceo y de Flor Crombet, de Rabí y de Moncada, de Periquito Pérez y de Masó: a José Martí.

Henos ya aquí en el trance de su Centenario. Lo habíamos aguardado mucho tiempo —bien lo sabéis— como quien aguarda una madurez de posteridad. Nos parecía que todos los tributos de la espera eran como provisionales, y que el patricio amado no estaría del todo embalsamado de gratitud y de gloria hasta que no le envolviese este ritmo redondo del tiempo. Quisimos reservar para este día las mejores galas de nuestro espíritu, el jubileo más gozoso. Creíamos que nuestra estrella estaría más alta y fúlgida que nunca, y que los que de fuera viniesen con su mirra y su fruta, nos hallarían a todos los cubanos con la mejilla limpia de rubores y el corazón a flor del pecho. Pensábamos, en fin, que la patria sería hoy más que nunca lo que él quiso: “ara, y no pedestal”, y que podríamos ofrendarle a Martí, no el mero tributo de las palabras, como tantas veces, sino también el de una Cuba lograda para la dignidad, para la libertad, para el amor de los cubanos.

Demasiado saben ustedes que nada de esto acontece. El Centenario no es aún la cripta en que podamos poner a reposar

la sombra augusta de Martí. Pero dejemos aquí y ahora solo esa amarga alusión. Ante todo, es de él de quien tenemos que hablar. Digamos, como en sus versos sencillos:

Hay montes, y hay que subir  
los montes altos. ¡Después  
veremos, alma, quién es  
quien te me ha puesto al morir!

Yo quisiera empezar por recordaros aquella vida. Es posible que esto parezca ya superfluo, o reiterado en exceso. A lo que más acuden los comentarios y las glosas en estos días —significativamente tal vez— es a lo intelectual, lo literario, lo doctrinal en Martí: a sus frutos más que a su raíz vital. Se justifica y aplaude esto hasta cierto punto, porque es región menos explorada y más rendidora de novedades. Pero en esta hora crítica de la conducta cubana, no deja de ser penoso que tanta mera erudición martiana venga a sustituir la pasión y emulación de Martí. Hoy más que nunca, a los cubanos nos interesa recordar también su vida. Porque de eso más que nada, de ejemplos de carácter y conducta, es de lo que estamos más menesterosos.

Aquel niño que hace cien años nació, de padres incultos y oscuros, en la casita pobre de la calle de Paula, vino al mundo como signado para un destino que pocas veces habrá podido parecer tan insospechable. Una misteriosa providencia —llámesela genio, si se quiere— fue velando sus pasos para que la humanidad no se le convirtiese en humillación, sino en eminencia. Desde el primer momento, contraría su propia circunstancia. Nacido de un policía de la Colonia, y para burócrata u hortera, sus primeras lágrimas fueron de esas con que la ternura se hace protesta ya casi viril, se ganó con el talento la escuela y le cuidó sus sueños un poeta. Otro hubiera salido pichón de voluntario; él se sintió desde la niñez la querencia de patria propia, y todavía adolescente ponía algo más que la palabra al servicio de un ideal peligroso.

Esa precocidad no era la del consabido niño prodigio, que rara vez tiene intereses trascendentes. Era como una precipitación, no solo de la inteligencia, sino también de la conciencia; no solo de la curiosidad, sino del sentido moral: una vocación, en

fin, no meramente de saber, sino también de ser. Desde el primer momento la acompañó, como se ve ya en sus cartas infantiles, un celo ardoroso de la dignidad, del deber. Luego, a los años soñámbulos de la adolescencia, por lo general tan ensimismados, siente ya la vida como obligación y milicia generosas. Prematuramente descubre lo sustantivo de esas grandes palabras: la Patria, la Libertad, la Justicia. Y no solamente se da a pelear, sino a padecer por los valores que ellas representan. El Presidio no fue una contingencia del azar, ni siquiera tampoco una aventura del idealismo juvenil: fue la consecuencia de una deliberación retadora, de algo así como una prisa por abrir su camino.

A los dieciocho años, aquello ya lo hizo definitivamente hombre. Sin embargo, no le endureció. Junto a la ira blanca —blanca y ardiente como la cal de las propias canteras— afloró allí la ternura, la capacidad dolorosa de conmiseración que tan a prueba le pusieron los episodios siniestros. De ellos hablará en seguida, en España, con desgarradora elocuencia, sin mencionar la herida que él mismo se lleva para siempre en la carne, porque la que le duele es la otra: la infligida a su conciencia no ya de cubano: de hombre. Dieciocho años tiene al escribir *El Presidio Político*. Es un documento juvenil por el amor de los absolutos y por esa ingenuidad de que jamás se liberan del todo los espíritus tiernos. Pero habla ya con un tono de profeta, de quien previene y anuncia, y su acento también es bíblico.

España le ilumina, pero no le deslumbra, como no le deslumbrarán unos años más tarde los Estados Unidos. Pues aquel humilde llevaba por dentro una luz que le hacía parecer gris todo lo exterior —necesitado de mayor dignidad. Cuando eso se junta con el amor, nace la vocación salvadora. Porque siente hacia España la misteriosa atracción de la sangre, hubiera querido salvarla, y no otro es el sentido profundo de su alocución a la República. Quiere que España libere a Cuba para que redima su propia honra. España es ese pueblo cuyo extraño destino es que le amemos las esencias, pero no las formas. Por eso hallamos ya en Martí el discernimiento entre lo histórico profundo y lo histórico superficial, entre la España intrahistórica, que diría Unamuno, y la de mero escenario y gesticulación. Ese distinguo —que a su vez diferenciará a Martí de todos los demás letrados

de nuestra Independencia— le permite desdoblarse: flagelar a la Metrópoli ciega y torpe, pero al mismo tiempo aprender como pocos el idioma de los verdaderos grandes de España, sus clásicos; y no solo eso, sino también el estilo moral de la Península, cuya raíz llevaba en su propia alma: el estoicismo que suele acompañar hasta sus pasiones más rudas, el quijotismo que se le debate eternamente con lo pancesco, y el sentido hidalgo, “caballero” de la vida, que no ha sido nunca el señoritismo de los madriles.

Apenas pudo florecer la alegría en aquella mocedad precipitada hacia lo dramático. Ustedes recuerdan el remoquete que le dieron los estudiantes de su Isla en la Villa y Corte: “Cuba llo-ra...”. Las ansias cubanas habían quedado peleando en la manigua. En Madrid, Martí comenzaba ya a representar la conciencia que pudiéramos llamar civil de su tierra: la patria joven, dolorida de algo más que la privación de derechos políticos y económicos. Desde que pisó la Península sobre todo, ese sentimiento de representación y de responsabilidad le obsedía como un compromiso, ya de por vida, con la porción de humanidad en que le había tocado nacer. Pero fue el holocausto sangriento de los Estudiantes del 71, el crimen en que la pasión política se desbordó para hollar lo más entrañablemente humano y herir hasta el futuro mismo de su tierra, lo que selló su consagración, la dación de sí mismo a una tarea sagrada. Libertar a Cuba era algo más que lograr la independencia de un pueblo sometido: era salvarla para la mayor dignidad de sí misma, de la propia España, de América y del mundo. No se comprenderá nunca el sentido más hondo de la empresa martiana mientras no se le advierta esa dimensión, que tan patente se hace en todos sus escritos, de rescate del hombre. Libertador puede serlo cualquier hombre capaz de coraje y proeza, y de hecho la historia de las libertades políticas abunda en ambiciosos y hasta en aventureros y bribones; pero libertar para redimir, para contribuir a despejar un mundo en que el hombre pueda vivir dignamente, ya es otra cosa: suele ser vocación de crucificados.

Martí tenía esa pasión de la dignidad humana. En México, atosigado por la pobreza, abrumado por las demandas de los afectos inmediatos, acaso se consuela un poco de no estar en una guerra concebida todavía en términos semiaristocráticos y

semieconómicos. El quiere echar su suerte con los pobres del mundo. Se ejercita en el servicio del hombre, y sobre todo de los humildes; no escribe sino para regar ideas generosas, auspiciar la cultura viva, defender los fueros del espíritu, que ciertas novedades materialistas amenazan, pedir que se redima al indio y que se les dé a los pobres educación y trabajo para que vivan con decoro. Hombres, y no meramente gobiernos: “hombres haga quien quiera pueblos”. Si odia la tiranía, aunque sea ordenadora y constructiva en lo externo, es porque siempre hace serviles los espíritus para dominarlos mejor. Se va de México, como luego de Guatemala, y de Venezuela más tarde, cuando el caudillismo brutal renueva en esos países su siembra de fustas.

Ese sentido radical de la política es el que, de regreso a la Isla defraudada, le sitúa en seguida contra el Pacto del Zanjón, aliando ya su inconformidad reflexiva a la no menos radical, pero intuitiva, de Maceo. Cuando el matrimonio reciente y las urgencias económicas y el hijo que llega le instan a conformarse con el poco más o menos y con la esperanza de una evolución problemática, Martí echa por la borda todo miramiento al personal sosiego y conveniencia. Es irremediamente un espíritu público y una conciencia incapaz de escindir-se ni de desdoblarse.

Nos parece esa entereza temperamental como el reflejo en él, o acaso más bien la raíz, de un sentido ingénito de la unidad, que le hace repugnar todo lo falso y lo discordante, le anima la vocación poética y le nutre su visión de la realidad con la sustancia filosófica evidente desde sus primeros escritos. Ahora, en su segundo destierro español, ¿qué les escucha a esos krausistas de la Universidad Central y del Ateneo de Madrid, sino que todo vive en Dios y Dios en todas las cosas, que el hombre es uno con la Naturaleza, y una su conciencia: que no puede haber divorcio entre la Idea y la Realidad, entre el sentimiento y la voluntad, sin que ambos sufran una odiosa falsificación? El espíritu tiene que estar en la realidad de la vida, o no pasará de ser una fatuidad libresca.

Es precisamente la subordinación y como ahogo de lo espiritual en la vida norteamericana lo que más le lastima cuando por primera vez se traslada a los Estados Unidos. A nosotros nos cuesta quizá un poco de trabajo comprender esa reacción

ante un mundo de éxitos concretos y de libertades logradas. Lo atribuimos a cierto patetismo romántico. Pero es algo mucho más profundo: es la convicción que Martí tiene —y que ya los mejores espíritus americanos, como Emerson y Thoreau, compartían entonces— de que con solo practicismo y materialidad no se podía alzar una civilización enteramente digna del hombre. Y porque esa noción no se había generalizado aún, como lo va siendo ya hoy, en la América aquilina, áspera y ávida de provechos, que la Guerra Civil había dejado. Martí no fue nunca feliz en ella, y lejos de compartir los éxtasis lejanos de Sarmiento ante los norteamericanos, se desveló por el peligro que tal ejemplo pudiera representar para lo que él ya llamaba “Nuestra América”.

En particular le preocupa la suerte de Cuba, tentada más aún de anexiones. Mas la prisa que esa preocupación le aguija se ve todavía frenada por un ideal político profundo. Cuba no ha de vivir, ciertamente, de libertades prestadas; pero tampoco ha de emanciparse para ser solo una mayordomía latinoamericana más. Ha de ser vitalmente libre, en la acepción social y moral, aun más que política, que Martí le daba a la palabra libertad. Su conferencia en Steck Hall, apenas llegado a los Estados Unidos, pauta ya las grandes soluciones para asegurar ese destino, y es un documento que todos los cubanos debiéramos leer y releer como biblia de cabecera. Pero Martí no tiene esta-tura política todavía para imponer una concepción semejante, y se subordina a Calixto García en la aventura de la Guerra Chiquita. El fracaso de ella le alecciona. La guerra de independencia tendrá que hacerse en los espíritus antes que en los campos. El paréntesis de Venezuela, en que espera su hora, no hace sino confirmar todas sus experiencias y previsiones ante un nuevo espectáculo de libertades frustradas. Regresa de él dispuesto a escribir por su cuenta la última estrofa del poema de Bolívar —pero con tales temas y medidas que no sea necesario el triste epílogo de Santa Marta.

Un solo hombre, sin embargo, no se echa encima así como isa una tarea semejante. Todo sacrificio tiene su precio, su calvario. El de Martí es doble, e importa mucho recordarlo en esta rápida ojeada a su vida. Es, por un lado, el sacrificio de su inti-

midad; por otro, el de su propio genio de artista. Con lo primero, tocamos el aspecto de la vida de Martí que, por estar de suyo más envuelto en sombra, se presta mejor a que se ceben en él las comadrerías de la moral menuda. Recordémoslo crudamente: en México, en Guatemala, Martí había sido hombre de amores. Casado ya, no logró conservar su hogar. Otra mujer, admirable por cierto, entró luego en su vida como una verónica o un cirineo. Dicho esto así, escuetamente, ¡cómo se soliviantan los pequeños criterios éticos! Aquí no tenemos tiempo para sustanciar defensas que piden mucho testimonio y sutileza; pero es necesario siquiera sugerirlas, pues por ahí se han afanado mucho los roedores clandestinos de la gloria martiana, y a este héroe moral no podemos dejar que nos lo recorten.

Me limitaré a decir dos cosas: la primera es que a un hombre de la unidad psicológica de Martí hay que tomarle entero, o dejarle. Aquel ser para quien el amor era la ley suma de la creación, de la conducta, ¡hasta de la política!, estaba impostado todo él, como he dicho otras veces, en clave de amor. Necesitaba darse a sí mismo y vivir de ternuras. El matrimonio fue para él una gran ilusión, como lo revelan hasta la saciedad sus cartas íntimas a Mercado. No fue culpa suya que fracasara, y fuera mucho pedirle que, por evitarlo, abdicase de sus ideales. El fracaso le costó lo que más amaba, su hijo; y aquella larga agrura de tener que llevar ya para siempre roto, como él decía, el eje del carro de la vida. Después, no podemos celebrarle que hiciese de esa vida suya una entrega generosa y, al mismo tiempo, reprocharle que acogiese los amores que al paso le salieron para aliviar su soledad. ¿Qué ética convencional y superficial es esa que le pide hipocresías a un alma irreductiblemente sincera? ¿Qué majadero es el que se figura que se puede ir disparado hacia el heroísmo sobre la rutina de una ficción íntima o de un acomodo vulgar? No es que los grandes hombres tengan derecho a transgredir la moral común: pero sí tienen derecho a que no se les apliquen las medidas de la común circunspección.

De aquella vida íntima sangrante —insaciablemente ávida de amores, pero frustrada en la regularidad de ellos— se alimentó, por un lado, lo más permanente en la obra literaria de Martí: el alborozo en vilo y como sobresaltado de su *Ismaelillo*,

pequeña epopeya de la ternura; la elegía alada de los *Versos Sencillos* en que se va despidiendo de sus recuerdos, y el dramático soliloquio de los *Versos Libres*, que rompían todos los moldes convencionales para gritar abruptamente sus clamores de libertad y de justicia. También su obra en prosa se nutrió de aquel sacrificio de lo íntimo, pues lo que más hondamente la caracteriza es la generosidad en el desvelo, la entrega de la pasión y de la inteligencia al menester del hombre, la avidez de redención, en fin, que en ella campea. Probablemente nada de eso hubiera sido tan intenso sin aquel desasimiento de intereses personales y particulares que resultó del fracaso doméstico. Del resentimiento se salvó Martí dándole proyecciones más amplias al sentimiento. El no tener hogar propio en que afanarse, le permitió luchar mejor porque toda su América fuese un hogar digno de hombres libres; la pérdida del hijo le desveló la ternura por todos los débiles; el vacío de la esposa lo llenó haciendo de Cuba su pasión casi única.

Pero aun esa transferencia afectiva no debió producirse sin una sutil melancolía, suscitada por otro sacrificio en que tal vez no reparamos bastante: el de la expresión plena de su genio literario. Hombres como Martí tienen un destino intrínseco, natural, y otro puramente histórico. Lo intrínseco en Martí era la vocación poética, creadora. Si hubiese nacido en un país o en una época de fruición social, no creo que la mera política ordinaria, la de sustentar más que crear, le hubiese sonsacado para un esfuerzo directo, para una dedicación de sí mismo. Siempre hubiera servido a lo colectivo, pero más bien con el consejo y el señalamiento de grandes metas sociales. El artista en él, el poeta, el meditador sobre el hombre y la cultura, no hubiese sido sofofocado. Pero sabemos que de hecho lo fue en gran medida, que también en eso fue un gran mutilado. Su obra literaria, con ser magnífica no es sino un muestrario de la que hubiera podido dar si las necesidades de Cuba no le hubiesen llenado tanto la vida. Nunca pudo escribir con sosiego, o siquiera con mediana concentración, y lo que maravilla es que, entre tanta servidumbre a lo público, pudiese dejar, como dejó, tanto verso tocado por la gracia, tanta prosa de enjundia y primor. Al darse a Cuba, Martí sacrificó su querencia más entrañable —y acaso, sin saberlo en su modestia, una gloria literaria de dimensión universal.

Por mucho tiempo, lo más doloroso de ese sacrificio es que pareció enteramente frustráneo, o por lo menos caer, irónicamente, en un vacío receloso. El otro problema que Martí tuvo que confrontar antes de satisfacer su ansia de entrega fue, como ustedes saben, la falta de autoridad política, de crédito público suficiente ante los propios cubanos en sus primeras luchas. La visión de la mayor parte de esos cubanos era, naturalmente, corta y condicionada: querían echar a España de Cuba y pensaban que para eso lo único esencial era la lucha armada. Salvo la exigencia social ineludible de acabar con la esclavitud, no se planteaban, no les tocaba a ellos plantearse, más programa para la república futura. Que hablaran los machetes, pues; las palabras no tenían sino una función segundona —de propaganda, no de dirección. Si Martí hubiese sido solo un oportunista, se hubiera acomodado cautamente a esa concepción; pero la suya no era una voluntad de poder, sino de ser y deber. Su ideal para Cuba no era solo la independencia. Con ella no bastaba, como lo tenía demostrado la historia de nuestra América, que él se sabía tan bien. ¿Es que los cubanos no recordaban el sentimiento de infinita defraudación que ahogó los sueños de Heredia en su ocaso mexicano? La independencia es solo un hecho político y colectivo: la libertad es mucho más: es un orden radicado en las conciencias individuales y capaz de respetar “el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía”: es un hecho moral.

Esta disparidad entre las ideas de Martí y las de la generalidad de los cubanos hizo crisis en la famosa desavenencia de 1884 entre Gómez y Maceo de una parte y Martí de la otra. Al recordar acontecimiento tan notorio, en nada se merma la grandeza de aquellos otros dos próceres. Solemos pedirles demasiado a los hombres —o las mismas cosas a hombres diversos. A Gómez y a Maceo les bastaba con ser, como fueron, héroes de la espada. Su grandeza moral consistió en que, durante años, pusieron al servicio de Cuba, con su genio y coraje de guerreros, la vida toda, hasta llevarla por la manigua prendida del filo del machete. Querer hacer de ellos, además, ideólogos, videntes, adoctrinadores de la futura República, era ya mucho pedir. De Martí sí se esperaba eso, puesto que podía darlo, y como “para ir delante de los demás se necesita ver más que

ellos” él quiso conducir. No le comprendieron entonces, porque el respeto de la previsión no les llega a los grupos humanos hasta que no han escarmentado mucho en las improvisaciones. Y Martí, descartándose a sí mismo en 1884, soportando en silencio la incompreensión y la befa de los mismos por quienes quería morir, tuvo que esperar a que las conciencias maduraran en la adversidad.

¿De qué había de llenar aquella larga espera si no de todo lo que sirviese para ganarle la confianza, la admiración, el cariño de los suyos? Los manes de la Guerra Grande nunca habían tenido voz más elocuente para evocarlos que la suya en los discursos del 10 de Octubre. Pluma de más abundancia y altura jamás la hubo para defender, en tierra extraña y arisca, los prestigios de su raza; para exhortar a la unión a una familia dispersa de pueblos; para honrar lo grande y ejemplar de los Estados Unidos y prevenir, sin envidia, respecto de lo pequeño y peligroso; para defender a Cuba de la palabra desbocada y el juicio superficial; para enseñarles a los niños que son la esperanza del mundo. Ni hubo jamás palabra más regaladora del oído y de la inteligencia que aquella con que él se juntaba a los hombres humildes y oscuros para hacerles sentirse señores; la que rodeaba de mimos y finezas las vidas ajenas; la que se ganaba al enemigo y dejaba prendado al adversario; la que, en el coloquio, paseaba siglos y mundos como sobre una alfombra mágica, y puesta al pliego epistolar más mínimo, levantaba las almas en peso a fuerza de tacto y cariño.

Todo eso se dice pronto. Pero la historia también registra, en sus páginas más olvidadas, que durante aquellos años Martí, la voz más alta que por Cuba hablaba, tuvo mucho desvío que vencer, mucha envidia que descabezar, y todo entre enfermedades y pobreza. No: no se exagera al decir que en aquel proceso el alambique que él decía llevar en el corazón lo fue destilando todo hasta dejar una esencia angélica. Parte de su grandeza consistió en esa voluntad de purificación de sí mismo a través de la adversidad.

Cuando los días decisivos llegaron, estaba listo y limpio —limpio para poder oficiar ante la Patria, que “es ara y no pedestal”. Los ojos de Cuba le habían seguido en su desvelo, aqui-

latándole la voluntad de sacrificio. Fueron los cubanos de Tampa y Cayo Hueso, los más lejanos de su solicitud, los más próximos a Cuba, quienes le llamaron. Trémulo de expectación y de fiebre acudió a ellos. La palabra se le hizo entonces más milagrosa que nunca, más alta y henchida de sustancias generosas. Sobre el relicario vivo de la Revolución Vieja se alzó el juramento de la Revolución Nueva. Pero había llegado el momento de la creación concreta, en que ya no bastaban los vultos líricos, sino que se hacía menester la visión organizadora, la capacidad ejecutiva, el sentido exacto de las realidades. Y el poeta, el animador, el apóstol, dio de sí entonces un diplomático sutil y paciente, un coordinador incomparable. La pluma, hecha a primores literarios, redactó sobriamente bases y estatutos de partido en que se conciliaron el celo democrático y la necesidad de la concentración del poder conspirativo. “Desde la cama, junto” —decía una de sus cartas—. Eso, juntar, había sido el afán de aquel hombre de amor. De aquella junta nació una concepción revolucionaria y política nueva. Yo no sabría definirla sino diciendo que era ya el germen de la Nación. Por primera vez se abrían anchos los cauces para movilizar a todos los cubanos, altos y bajos, ricos y pobres, blancos y negros, para la tarea republicana. Por primera vez, no un grupo, no una casta, no una clase criolla, no los secuaces del blasón y la eminencia, sino el pueblo, concebido como tal, se incorporaba a la tarea patria. Bajo esa concepción surgía la gran consigna martiana: “Con todos y para el bien de todos”.

Lo demás fue ya obra de movilidad y sigilo incesantes, larga vela de almas y de armas. Desde 1891, Martí lo renuncia todo —hasta los consulados extranjeros de que vive— por entregarse más libremente a una actividad comprometedora. Se mueve sin cesar: funda clubes, alista voluntades remisas, despacha emisarios a la Isla, acopia fondos, compra armas, viaja sin tregua para ganarse a las otras emigraciones y a los héroes en barbecho, escribe cartas de una sabiduría y urgencia irresistibles; redacta, casi solo, en Nueva York el periódico *Patria*, donde cada línea es un primor verbal y va cargada de sustancia patria. Más enfermo que nunca, más pobre que nunca de hacienda propia, halla energía para todo, y vive, como él mismo dice, “montado en un relámpago”. Tiene la gran prisa que sabemos —la que había de

confesar en su carta postrera a Mercado— por hacer su obra antes de que los cálculos de Washington se la impidan de un zarpazo imperial. Pero, al mismo tiempo, una sagaz prudencia le frena, y nada desata hasta que lo psicológico y lo material se coordinan. A fines de 1894, ya todo está listo.

No necesito recordarles a ustedes en detalle la tremenda jugada que entonces le hace la suerte. En una noche negra, la obra de muchos años se viene abajo. ¡Qué irónica coincidencia el hecho de que se llamase Fernandina el escenario de aquel fracaso! Ecos del Borbón peninsular se cernían aún siniestramente sobre el destino de Cuba. Pero nunca fue Martí más grande que en aquel momento —aquella noche en que, limpiándose la lágrima de la mejilla, resolvió seguir adelante, “aunque tuviese que sacarse las entrañas triunfantes en el puño”. Y es la pluma más humilde y orgullosa a la vez, y la de más desgarrados y conmovedores acentos, la que escribe entonces a los cubanos ricos y pobres pidiéndoles que den hasta lo que no tengan por salvar la revolución. ¡Qué frase aquella en que le dice a un compatriota que acude a él arrastrándose ante su puerta como un perro...! Levanta lo que puede. Le escribe a Maceo que se lance a Cuba en un leviatán o en una uña, porque Cuba no puede prescindir de él; y él mismo se va a juntarse con Gómez en Santo Domingo. Escribe el Manifiesto de Montecristi, que es la Carta Magna seminal de la Nación; niegase a escuchar a los que le piden que se vuelva al Norte a predicar; recorre palmo a palmo la Antilla hermana buscando armas y amigos, sorteando torvos peligros, escribiendo unos apuntes y un diario de viaje que son maravillas de finura descriptiva y de prosa enjuta.

Olas tempestuosas le arrojan una noche, como un nácar más, en la costa cubana. Bajo la mochila y la fiebre trepa jubilosamente, con Gómez, las laderas de la Sierra Maestra. Se junta, al fin, a los cubanos en armas. Llena de su voz insigne la campiña de Cuba Libre. Cura heridos, sin más recursos que el yodo, “y el cariño, ese otro milagro”. Al tener noticia de la muerte de Flor Crombet, escribe, con laconismo traspasado de duelo, la elegía más breve que se conoce: “Ya no hay Flor”. Sobre retal de yagua y a la luz de una vela, va despachando cartas que tienen ya un sabor testamentario y de eternidad. En una de las más íntimas,

a la hora en que no se miente, dice que se siente puro como un niño y que comprende al fin, por la dulzura del sacrificio, la facilidad con que los hombres son llevados a él. Todavía se acuerda de sus niñas de Nueva York, para hacerles verdadera pedagogía. Y de sus prosas y sus versos. Se va despidiendo, porque ya para él es hora. Y un mediodía, la bala más humilde de España se le va a anidar en el pecho amoroso. Y se hace noche de repente en los campos de Cuba Libre.

Tal es la vida, luminosa y sin desviaciones, como la trayectoria de un cometa, del hombre cuyo centenario honramos hoy. Brote de conciencia precoz en el erial de la Colonia, voluntad heroica de decoro y justicia desde los primeros años, talento múltiple y genial, capitán del espíritu e intuitor de la unidad de que procede y que ávidamente busca por sobre las discordias del mundo, señor romántico de la amorosa escala, desde el idilio hasta la dación total de sí propio, poeta de toda la letra, cuyo verso trasciende el ocaso romántico para anunciar otra mañana de la sensibilidad, y cuya prosa, apretada de su propia opulencia, es lujo y prez del idioma; voz de América que rescató las consignas unitarias olvidadas después de Bolívar; héroe moral y sustanciador del pensamiento democrático, de quien pudo decir una pluma extranjera, hecha a biografiar hombres egregios, que el mundo tendría hoy mucho que aprender en su doctrina; tribuno arrebatador, animador de la fe de un pueblo, predicador sin odio de una guerra ante la cual preparó, al mismo tiempo, las vías restañadoras del amor; exaltador del pueblo para darle una dimensión nacional a la voluntad de su patria; conductor de hombres por el tacto y el personal sacrificio, que no por los fieros ademanes; soldado del honor en la batalla que no quiso esquivar; queredor del deber hasta la muerte; “alma grande y dulce”, que hubiera podido decir de él también Emerson; semilla moral, en fin, para los afanes más nobles de un pueblo que no sabe cuidarse la conciencia sin consultarse con él.

¿Quién se atreverá a decir que es nuestro fervor, o nuestra necesidad de mitos patrios, lo que ha fabricado esa grandeza? ¿Quién podrá regatearnos el derecho al orgullo? Porque Martí nació en una isla pequeña, de un pueblo sin proyecciones universales, ¿qué extranjera displicencia podrá escatimarle el

reconocimiento de su estatura humana? En las naciones pequeñas, como la nuestra, el privilegio de no tener grandes responsabilidades externas está más que pagado —y muy melancólicamente sin duda— con el hecho de que les sea tan difícil a sus hombres egregios trascender por sobre costas y fronteras. Si Martí hubiese nacido en alguna de las tierras imperiales del poder o de la cultura, el centenario que este año celebramos llenaría muy espaciosos y muy ilustres ámbitos. Pero la gloria de los grandes hombres suele ser proporcional a la importancia de los países a que pertenecen. La de nuestros próceres padece, pues, de nuestra humildad, y aun se la merman todavía más los rebajamientos de prestigio colectivo con que a veces se empaña nuestra vida histórica. Si no hubiese otras razones para querer hacer de Cuba un pueblo con firmes tradiciones de cultura, de fruición social y de dignidad política, ya sería razón bastante la de darles de ese modo marco digno y resonancia cierta a nuestras figuras más altas.

Esto nos trae a lo que necesariamente debe ser parte de esta conferencia, comprometida como está a ponderar la significación del Centenario martiano. Es la cuestión de si la República ha sabido vivir el legado de Martí, honrarle con sus actos, con sus hábitos, y no solo con las palabras de ocasión, o con el fervor de un culto genuino pero casi desesperado. Para podernos contestar esto sin dejar margen a la pasión adventicia o al juicio arbitrario, necesitamos recordarnos a nosotros mismos, siquiera sea escuetamente, lo esencial del ideario martiano.

Ese ideario es a la vez ético y político. En rigor, no existía aquí para Martí dualidad alguna. Intuidor constante del fondo uno de todas las cosas, perseguidor de la armonía en todas las formas del Ser único, estaba convencido de que la conducta de los pueblos, para poder servir a los más altos fines propios y humanos, ha de regirse por los mismos valores y normas que la conciencia moral les señala a los individuos. Si hubiese que reducir este *desideratum* a las más esenciales consignas, yo me atrevería a decir que se agrupaban en torno a tres grandes conceptos: el de la dignidad, el del deber y el del amor.

Muy gastadas están ya estas viejas y nobles palabras; pero ¿de qué ardorosa convicción se llenaron siempre en el pensa-

miento del patricio! La dignidad no es para él meramente ese celo quisquilloso del respeto puramente formal en que devino el culto hispánico del honor, de la honra: es, sobre todo, la categoría humana por excelencia, la suma de respeto intrínseco que al hombre corresponde y que a sí mismo se debe, por el hecho de ser hombre, esto es, criatura dotada de conciencia, de espíritu. Supone el derecho a no verse desconocido, atropellado en su discernimiento de lo justo o humillado en nombre de ningún interés, circunstancia o pretexto como la casta, la raza o la supuesta necesidad pública; pero exige también que el individuo no se falsifique, no se traicione, no se humille a sí mismo.

La dignidad supone, pues, la libertad, que no es para Martí —ya lo vimos— una mera condición jurídica o política, sino, antes que eso, la dueñez de sí propio que solo se perfecciona cuando el hombre puede, no ya actuar, sino hasta “ser honrado y pensar y hablar sin hipocresía”. Más de una vez he subrayado el alcance profundo de esta concepción martiana de la libertad, por nadie, que yo sepa, rebasada. La libertad empieza por ser una demanda interior, moral. Si tanto hay que defenderla, es porque conspiran mucho contra ella las tesituras del mundo, pues el hombre, cuando una fina conciencia moral no lo refrena, tiende siempre a abusar del prójimo o a ignorarlo; y de esa tendencia proceden las condiciones sociales que impiden la libertad interior —la ignorancia, la falta de justicia social y económica, los abusos del poder privado y público.

Pero Martí no habla solo de derechos. Tanto relieve o más tiene en él la idea del deber. El privilegio natural del hombre por ser hombre conlleva supremas obligaciones: señaladamente la de vivir él mismo, y contribuir a que los demás vivan, según la ley íntima más noble. “He aquí la ley suprema —escribió— legislador de legisladores y juez de jueces: la conciencia humana”. Por la dignidad, el hombre percibe y defiende no solo lo que a él se le debe, sino lo que él debe a los demás. Vivir de acuerdo con esa doble ley moral es la perfección genuina del carácter, es ser hombre a plenitud. Y como también contra eso conspiran los egoísmos individuales y las deformaciones sociales, “ser hombre —nos dice Martí— es en el mundo difícil tarea”. No se la cumple sino por el ejercicio constante del desinterés, de la benevolencia, de la abnegación, llevada, si es preciso, hasta el

sacrificio: en una palabra, del amor. Sin generosidad de los individuos unos para con otros, sin atención de los poderosos al menester de los débiles y de los que rigen a los regidos, el mundo será siempre el triunfo de la garra sobre el ala. El amor es para Martí la ley de todo —hasta de la política.

Estas ideas no son nuevas, no lo eran siquiera en los tiempos de Martí. Procedían, bien lo sabemos, del pensamiento clásico griego, enriquecido por el Cristianismo y por la doctrina renacentista del derecho natural. El racionalismo filantrópico europeo las había proyectado con nueva energía, y el liberalismo romántico las había sublimado. Pero ni ellas habían perdido mérito por esa secular ejecutoria, ni es el pensamiento de Martí menos vigoroso por haberlas sustentado. La originalidad es mínima en el mundo de las ideas; los principios, siempre viejos y pocos. Martí mismo decía que las grandes verdades se podían escribir en el ala de un colibrí. Lo que él trajo no fue, pues, una nueva filosofía, sino un ardor incomparable de convicción y una conmovedora elocuencia, puestas al servicio de nociones eternas.

¿Eternas? No falta por ahí quienes rezonguen por lo bajo que esos principios, como los de todo idealismo, son ingenuamente románticos, entendiendo por eso meras expansiones de visionario. El mundo se ha vuelto empedernidamente “sofisticado”, como dicen los sajones, vocablo que es más certero de lo que se sospecha, porque lleva como una alusión implícita a aquella posición escéptica de los sofistas griegos, para quienes todos los valores y las normas eran relativos, condicionados por el interés o la circunstancia. Acaso reside aquí el problema más hondo que el ideario de Martí nos plantea: si esos principios éticos, en los cuales se apoya su pensamiento democrático, son principios absolutos, que por su validez permanente nos siguen obligando y nos obligarán siempre, o si, por el contrario, fueron el producto de determinado temperamento, o a lo sumo de determinado complejo cultural y de determinada situación histórica.

Creo que ese problema, el capital de la filosofía de los valores, es susceptible de una solución teórica que permite la adhesión racional más sólida a los principios martianos. Pero en todo caso, la experiencia puede servir de criterio suficiente cuando la

teoría se abisma en lo problemático, y si algo va enseñando la experiencia de nuestra época relativista es que el hombre necesita de esos austeros principios. Ha aprendido a dominar toda naturaleza excepto la propia. Aunque progresa sin cesar en lo científico y en lo técnico, resulta cada vez más desatinado o perplejo en cuanto a su propio destino. Por todas partes se oye que para rectificar de veras lo que hay de tuerto en el orden social, es indispensable reconstruir al hombre desde dentro, ordenarlo según principios espirituales. En su dimensión universal, el mensaje ético de Martí tiene hoy más vigencia que nunca.

¿Y el político? Dije que en esos valores y normas morales se apoya el ideario con que adoctrinó a la República —su concepción de la democracia como el régimen más noble y fecundo, aunque también el que más celosa vigilancia y más cabal sinceridad exige. Recordemos aquí textualmente algunos de los pensamientos rectores del Apóstol sobre las normas de la conducta social.

—“Patria no es más que la pasión del decoro y ventura del hombre”. “La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie”. “Lo primero que ha de hacer el hombre público en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria”. “No hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna”. “Todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su patria”. “El patriotismo se detiene allí donde para salvar a la patria es necesario deshonorarla”. “En las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo”. “Nuestro pueblo está corriendo el riesgo de perder en las ciudades los hábitos de honra, y en los campos los hábitos de trabajo”. “Es preciso que no hagamos un pueblo de miserables, de fugitivos y de merodeadores”. “El problema de la independencia no es el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”. “República no es más que el deseo ardiente, e irrepresible en las almas excelsas, de ver al hombre dichoso y libre”. “Sin libertad, como sin aire propio y esencial, nada vive”. “El pensamiento mismo,

tan infatigable y expansivo, sin libertad se recoge afligido... o se pone albayalde y colorete, como un titiritero, y danza en el circo, entre el befaador aplauso de la gente". "Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad donde quiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden, no es hombre entero". "La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o comprarla por su precio". "Las redenciones han venido siendo formales; —es necesario que sean esenciales. La libertad política no está asegurada mientras no se asegure la libertad espiritual".

"Donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas que se afirmen las libertades públicas, porque la necesidad de vivir proporcionará siempre auxiliares de sobra a los que quieran conculcarlas, y la falta de intereses que defender dará séquito a los turbulentos o ambiciosos".

"Sólo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos". "Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen jinete, ni de sus derechos el hombre libre". "Hallan los hombres excusas a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido". "La política virtuosa es la única y durable". "Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado". "La política volverá a ser el arte de conservar en paz y grandeza a la Patria, mas no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas". "Cuando la política tiene por objeto cambiar de mera forma a un país sin cambiar las condiciones de injusticia en que padecen sus habitantes; cuando la política tiene por objeto, bajo nombres de libertad, el reemplazo en el poder de los autoritarios arrellanados por los autoritarios hambrientos, el deber del hombre honrado no será nunca, ni aun con esa excusa, el de echarse a un lado de la política para dejar que sus parásitos la gangrenen". "Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada". "La voluntad de todos, pacíficamente expresada; he aquí el germen generador de las repúblicas".

“El gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado”. “No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas”. “No vive sobre los cadáveres amor ni concordia”. “El amor del hombre por el hombre es la única pasión que ha de guiar a quien tenga la mano en la suerte de los pueblos”. “Levantarse sobre intrigas es levantarse sobre serpientes”.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear, con dineros de la nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que a él le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito.

“Duele ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy adonde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo”. “Pueblo que se somete, perece”. “No hay tirano que afronte a un pueblo en pie”. “El déspota cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer; no cede jamás a quien se le humilla”. “De hombres que no pueden vivir por sí, sino apegados a un caudillo que los favorece, usa y mal usa, no se hacen pueblos respetables ni duraderos”.

Y finalmente, para no prolongar esta serie de citas, que pudiera ser inagotable, aquella sentencia que llega tan al fondo del mal de Cuba y del mal del mundo: “En la médula está el vicio: en que la vida no va teniendo en la tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!”

¿No se ve ya claro, a través de esas citas y del vasto y alado enjambre de pensamientos afines cuyo recuerdo nos suscitan, las tres grandes consignas concretas de Martí para la salud de la República? Pudieran resumirse así: Hacienda, Moral y Cultura —seguridad económica de cada ciudadano para cimentar sobre ella la independencia del carácter; formación acendrada de la

conciencia ética, para saber normar esa independencia en el derecho y en el deber; ilustración de la inteligencia, por medio de la educación, para que la buena voluntad no se halle a la merced del engaño ajeno o de la propia incomprensión. Todo lo demás, independencia colectiva, disfrute de las libertades públicas, sana y creadora política, fruición de justicia, está condicionado a la eficaz colaboración de esos tres grandes resortes de la conducta: el instinto, la conciencia y la inteligencia.

¿Qué juicio superficial es, pues, ese que a veces viene también a decirnos, entre dientes, que el ideario público de Martí es un mero éxtasis de pías generalidades románticas, sin asiento profundo en la realidad humana? ¿O aquello que él mismo repudiaba: “el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado en la universidad bamboleante de las nubes”? No: Martí no es ningún idealista desafortunado, ningún visionario candoroso; su pensamiento —lo hemos dicho muchas veces— tiene el vuelo del ala, pero también la tenacidad profunda y terrena de la raíz, de aquello que está clavado en la entraña misma del hombre y de la naturaleza.

Otros nos dicen, también para consumo privado, que sus ideas son solo las de un determinado momento histórico —el momento liberal—; que, después de todo, ningún hombre, por eminente que sea, tiene derecho a fijar las normas de vida de un pueblo, y que, en todo caso, tales normas no pueden ser inflexibles ni permanentes, porque la realidad histórica, es demasiado compleja y variable. De tales consideraciones se han estado alimentando mucho la displicencia y el cinismo republicanos.

Por lo que toca a lo primero, a la autoridad de Martí para formular las normas de nuestra vida colectiva, si el ejemplo de la vida del Apóstol no basta, solo cabe decir esto: que esa autoridad no procede del genio de Martí, ya que los genios pueden y hasta suelen ser arbitrarios; sino que emana del hecho de que Martí efectivamente encarnó la vocación, la tradición y la voluntad histórica evidentes de nuestro pueblo. A lo largo de un siglo, ese pueblo nuestro, por obra del ambiente histórico en que se formó su conciencia, por la común orientación de sus mejores voces patricias, por haber tenido que defender y desarrollar su

personalidad contra el imperialismo de un lado y el absolutismo del otro, por la confluencia de razas en él y hasta por el temperamento espontáneo y expansivo de sus hijos, fue siempre un pueblo vocado a la democracia. Tenemos hasta los defectos que corresponden a esa virtud —los de una tendencia a la nivelación excesiva—. Martí, flor de pueblo, temperamento generoso y cultura refinada, al mismo tiempo que encarnó ese instinto nuestro, le quiso abrir, con su doctrina, más peraltados cauces. Recogió nuestra querencia, pero idealizándola, señalándole sus más altas metas y formas. Su autoridad para normar nuestro futuro histórico se debe, por tanto, a que en él percibimos la expresión más pura y más noble de nuestra sensibilidad y vocación, el conjunto de apetencias y de aspiraciones en nombre de las cuales se luchó por la libertad y se fundó la República. Por eso acabaron siguiéndole los que al principio no comprendieron los extremos de su idealismo, pues como el propio Martí escribió, “se entregaron siempre los pueblos a quien los encabeza y condensa”. Y si alguna prueba adicional fuese necesaria de esa condición emersoniana de “hombre representativo” que Martí tuvo, la hallaríamos en el culto cada vez más fervoroso y devoto con que le invoca, a veces desesperadamente, nuestro pueblo.

El ideario martiano no es, por tanto, nada sobrepuesto o postizo, sino orgánica y entrañablemente nuestro, y rodearlo de displicencias so pretexto de nuevas situaciones históricas o de nuevas necesidades, es desconocerlo en su raíz, u olvidar que los pueblos, como los individuos, cuando no viven de acuerdo con su ley interior, con su carácter, se arriesgan a estar constantemente improvisando su vida y falsificando su conciencia. Por lo demás, esos principios de Martí no son instituciones rígidas; en modo alguno cierran el paso a las modulaciones históricas, siempre que estas conserven aquellos valores fundamentales de que hablé —valores definitivamente acreditados por la experiencia de los pueblos occidentales en su proceso de enriquecimiento general de la vida. Solo los soberbios, los débiles, los nostálgicos de la uniformidad férrea o de la seguridad inerte, abjurán de la democracia, porque no se acomoda a lo que de primitivo queda aún en el hombre, o porque se presta a determinadas falsificaciones. La bondad de una gran idea no se mide por su invulnerabilidad, por su

mayor o menor eficacia aquí y ahora, sino por su fecundidad a lo largo de amplios procesos históricos.

Fijado y justificado así el cuadro de ideas éticas y políticas de Martí, estamos ya en condiciones de preguntarnos si los cubanos hemos sabido serle fieles a ese ideario. Esta es la cuestión fundamental que el Centenario nos propone, y es demasiado importante para que la contestemos precipitadamente, ya sea entregándonos a las conclusiones pesimistas que la actualidad frecuentemente suscita, o dejándonos embaucar por ese optimismo oficioso que tanto se parece al conformismo o a la complicidad. En rigor, optimismo y pesimismo son actitudes mentales primarias, tendencias a abdicar perezosamente del discernimiento en beneficio de cómodas generalizaciones. Rara vez en la vida de un individuo o de un pueblo marchan las cosas tan bien que no dejen margen a la preocupación y a la superación, ni tan mal que no quede hueco para el esfuerzo y para la esperanza.

Hace un año celebramos el Cincuentenario de nuestra Independencia. Ya en tal ocasión nos hicimos angustiosamente la misma pregunta que ahora promueve el Centenario martiano: ¿ha sido la República un éxito? Puestos a sintetizar el consenso de las opiniones que entonces se ventilaron, habría que formularlo así: la República ha progresado en un orden material y formal; pero no en el de los valores que solemos llamar espirituales. En efecto, Cuba es mucho más rica y más dueña de su hacienda que cuando estrenó su independencia; la riqueza está mejor distribuida; el nivel de vida es más uniforme y alto. Por otra parte, la soberanía se ha afianzado, gracias a la perseverancia con que luchamos contra el bochorno de la Enmienda Platt. En la vida política del país, logramos rebasar los conceptos caudillísticos, las formas de primitivismo polémico de los partidos, la inercia sectaria en los movimientos del electorado. En lo social, se han reconocido ampliamente los derechos del trabajador y se han ido haciendo cada día más igualitarias y despejadas de prejuicios las relaciones entre las razas. Todo eso se alcanzó, en buena parte, a través de la revolución que nos vimos obligados a hacer —no sin realizar una profecía de Martí— para vindicar los derechos del ciudadano en general. Tras mucho esfuerzo y sangre de cubanos, dejamos reafirmado que en los asuntos públicos, como enseñó el Apóstol, el sentir de la Nación es lo

que cuenta, y no la voluntad de hombre alguno que en nombre de ella se alce. Hicimos una nueva Constitución, y a su amparo reanudamos, y creíamos haber preservado ya de todo peligro, el hábito de la transmisión pacífica y legal del poder. Todo ese progreso político y social se vio todavía maculado de abusos, desórdenes funcionales y, sobre todo, de graves violaciones éticas. Pero representó, sin duda alguna, un incremento extraordinario de vitalidad nacional, un aseguramiento de conquistas externas y concretas, que iban dejando reducido cada vez más el problema de la Nación a un problema de edificación moral y de cultura.

Desgraciadamente, esas conquistas del orden político sufrieron hace algunos meses el gravísimo trastorno que todos conocemos. Un golpe militar artero, maquinado por conciertos nefandos de la experiencia y del oportunismo, de la ambición y del soborno, subvirtió la autoridad política reconocida como legítima, estableció en su lugar otra autoridad apenas asistida por más consentimiento que el de las fuerzas armadas, suspendió la Constitución y los mecanismos estatales más importantes por ella prescritos, disolvió los partidos, canceló la oportunidad señalada por la ley para la consulta electoral, se dio a sí mismo sus propios cauces de acción gubernativa y política —inevitablemente modelados por la arbitrariedad que acompaña a todo poder presunto—, mermó sustancialmente las libertades públicas, y salpicando de violencia y de coacciones el escenario nacional, ha cargado el ambiente cubano de esas tensiones ominosas que alimentan el odio trágico de las contiendas civiles.

Todo eso ha venido a detener brutalmente, sorpresivamente, el progreso que Cuba estaba haciendo en su marcha democrática. Peor aún: ha echado la República atrás veinte años. Y a eso se le ha querido llamar “revolución”. El revolucionario esencial y genuino, demócrata y civil, que fue Martí —el que en 1875 defendió hasta el último momento, con riesgo de su vida, al Presidente legítimo de México, Lerdo de Tejada, contra la ambición armada de Porfirio Díaz; el que se fue de Guatemala porque no podía oír el chasquido de la fusta de Barrios, y de Venezuela por no servir ni con el silencio a los coros infames de Guzmán Blanco— ese Martí no se hubiera jamás dejado convencer de que el supuesto propósito de rectificar en un país determinados

males públicos, bastaba para justificar la destitución violenta de sus gobernantes legítimos, sobre todo cuando aquellos males eran pasajeros u ocasionales, y la sustitución, en cambio, venía a crear otros que, por su misma naturaleza, tienden a consolidarse y a formar nuevos y más graves vicios en la vida nacional. El Martí que en 1884 se apartaba tristemente de guerreros gloriosos por temor a que su concepción demasiado autoritaria de la guerra sirviese de germen a algún militarismo futuro, no puede aprobar ahora, desde ultratumba, un movimiento de factura castrense, que ha puesto los destinos de la República, en última instancia, a la merced del criterio de los llamados solamente a defender las instituciones, no a crearlas. El Martí, en fin, que quería que la primera ley de la República fuese el respeto, como de honor de familia, a la dignidad de todos los cubanos, se escalofriará ahora en su empíreo pensando que, a los cincuenta años de República, aun tenemos la dignidad en rehenes, el albedrío bajo férula y la ciudadanía de prestado.

Pero, dicho todo esto, que era ineludible decir, sin pasión sectaria alguna, solo con pasión cubana, para que los manes del Apóstol no se alzasen contra el vil disimulo o la excusa cobarde, lo que estamos en el deber de añadir enseguida es lo que puede ayudar al cubano honrado a mantener viva su fe y superar este trance sombrío de nuestra historia. Y lo primero que hace falta es reconocer bien la naturaleza íntima del mal que confrontamos, su raíz más honda. De esa raíz ya Martí quiso preservar el terreno que los héroes iban a abonar con su sangre. No era otra —ya lo vimos— que la que prende siempre en los pueblos el egoísmo cuando se abandona la cultura de la conciencia y de la inteligencia.

No tengo ya tiempo para explicar cómo esa mala hierba llegó a arraigar en Cuba, por obra de un exceso de confianza en el caudal moral fundador y de una concentración exclusiva en lo utilitario, que fue dejando los valores espirituales sin vigilancia que los cuidara ni disciplina que los sostuviera. La consecuencia de todo eso fue que el cubano de la República se acostumbró más y más a valorar por encima de todo la comodidad y la prosperidad personales. Tan pronto como el ritmo de progreso material se mostró insuficiente para asegurarles a todos la misma bonanza, comenzó a desenfrenarse la conciencia privada y la

pública: empezó el cubano a querer vivir del presupuesto, y la política a disputarse el poder a dentelladas, para después utilizarlo principalmente en provecho de sus titulares.

Desde entonces están en crisis todos los valores y normas éticas que Martí había preconizado. La dignidad, porque cada día es mayor el número de cubanos que se rigen por los instintos, y no por la conciencia: los dispuestos a vender su patrimonio más sagrado por un plato de lentejas; los claudicantes, los faltos de carácter, los débiles ante las tentaciones de la vanidad o del miedo. La idea del deber se ha ido convirtiendo en una mera alusión platónica, retórica, casi ridícula. Al derecho se renuncia por el provecho. Ante el espectáculo de los enriquecidos por el poder, las grandes masas, que no pueden participar directamente del medro oficial, se sienten, sin embargo, suficientemente fuertes y decisivas para exigir derechos y hasta para inventarlos, pero también lo bastante eximidas de ejemplos morales para cumplir deberes. Todos exigimos; nadie se exige nada a sí mismo. La dramaticidad de la demanda, que a veces se asiste de violencia, es proporcional a la frivolidad con que esa demanda se hurta a todo cumplimiento.

Ese estado del ánimo público inevitablemente trajo consigo la desorbitación, la insolencia, la quiebra de todas las jerarquías y respetos, la demagogia de los gobiernos, ya corrompidos en sí mismos y, en fin de cuentas, la crisis de las libertades. Porque sobre la base de una ciudadanía frívola, indiferente a lo público, o interesada en ello solo hasta el punto en que la política es un modo provechoso de vivir —sobre esa base, digo, no es posible que un pueblo se defienda de las ambiciones bastardas siempre en acecho. Cuando esas ambiciones no cuentan con más armas que las del engaño y las manipulaciones electorales, de ellas se valen para escalar el poder; cuando disponen de armas más contundentes y expeditivas, a ellas acuden.

¿Se comprende ahora por qué digo que toda nuestra crisis es esencialmente moral? No le faltan, por supuesto, coeficientes económicos, ni los que proceden de un déficit acumulado de educación pública —de educación de la inteligencia—. Pero es sobre todo el carácter lo que tenemos agrietado. Por detrás de todas las demás deficiencias está la frivolidad de la conciencia,

que a veces reviste, paradójicamente, formas de exasperación; está el olvido de que lo primero que hace falta para construir y sostener sanamente una república es hombres y mujeres capaces de poner el deber por encima del provecho. “Hombres haga quien quiera pueblos”. Esa fue la gran lección sintética de Martí —aquella en que lo moral y lo político se integraron— y esa fue también la lección que primero olvidamos. Nos ha llevado medio siglo de posteridad advertir que Martí tenía razón, que no era un hilvanador de monsergas ni un sorbedor de nubes; que no era un visionario, sino un vidente.

¿Remedios?... Estamos en un paréntesis institucional de la vida cubana: en un eclipse de las formas democráticas. Eso hay que superarlo cuanto antes, y ojalá que, desde su morada ultraterrena, Martí pueda auspiciar el milagro de que a ese fin se concierten —con la misteriosa conjugación de los contrarios— el coraje intransigente de nuestra ciudadanía y la sensatez que aún pueda quedarles a los que no quieran infamar definitivamente su puesto en la Historia. Pero mientras eso se logra, y después, recordemos que la salvación de Cuba es más larga y profunda tarea.

Los requisitos de toda superación, ya sea individual o colectiva, son dos: saber qué es lo que hay que hacer, y querer hacerlo. Por fortuna para nosotros, lo primero ya lo tenemos dado en las fórmulas esenciales de Martí. Muchas veces he observado qué grande suerte y privilegio es para nuestro pueblo tener en el umbral mismo de su historia, pautándole su conducta, no a un mero prócer de guerra o de leyes, sino a un pensador, a un poeta, a un héroe del espíritu. En lo que seguimos a Martí, ha adelantado la República; en lo que nos apartamos de él, hemos retrocedido. Hacerle vivir plenamente en la realidad, como vive en nuestro recuerdo, es el gran compromiso a que nos obliga esta madurez precaria del Centenario, y ese es ya un problema, no de orientación, sino de voluntad. Muy arduo, por tanto, pues aún no se ha descubierto, ni se descubrirá nunca, el resorte que pueda mover la voluntad si no es desde la entraña de sí misma, y porque hay muchos círculos viciosos de carácter social que ahogan nuestro albedrío.

Pero de ahí tiene que venir la salvación. Lo que nos hace falta para la vida futura, además de la presencia constante de

las normas, además de la educación para entenderla, es una tensión constante de heroísmo en nuestras vidas. Heroísmo, no en el sentido espectacular, sino en el silencioso, continuo y fecundo de cada día: la decisión positiva de ser útiles, creadores, cumplidores de nuestro deber, servidores generosos de nuestro pueblo; y la decisión negativa de abstenernos de toda claudicación moral y de toda tolerancia infame. Hace falta, no una mera orden estática de beatos martianos, sino toda una cruzada de milicos cubanos bajo el santo y seña de Martí. Esa gran legión de ciudadanos tendrá que recordar que, como el mismo Apóstol dijo, la perfección de la grandeza es siempre el acto; pero mientras no podamos servir a Cuba con los actos, deberemos servirla al menos con las actitudes. Si eso hacemos, el día de la plenitud martiana llegará. Y volveremos a reunirnos para celebrar, con la mejilla más limpia, la novena del Centenario.